

ENRIQUE GARCÍA-HERRÁIZ • Crítico de arte y poeta

Nace en Albacete en 1927, pero su vida estuvo muy ligada a la ciudad de sus padres y abuelos, Ciudad Real, donde pasó la Guerra Civil y la posguerra. Tiempos de niñez, con miedos y juegos, y de juventud, llenos de inquietudes literarias y artísticas. Estudió Derecho, aunque no ejerció prácticamente al aprobar unas oposiciones en Turismo que le llevarían a ocupar varios cargos en Estados Unidos. El golf y el arte, son sus pasiones, también la poesía. Hoy nos presenta su poemario *Tiempos del pan amarillo*.

«Mi libro mezcla la tristeza de la posguerra y la cordialidad manchega»

ANTONIA CORTÉS / MADRID

Nos recibe en su casa madrileña. Al entrar, nuestra mirada se detiene en las paredes donde cuelgan auténticas obras de arte. No puede negar su afición por la pintura. Camina firme y con una asombrosa elegancia. Los libros se funden con cuadros y fotografías llenas de recuerdos, como los que ha plasmado en su poemario. Pero no solo nos abre su casa, también su corazón, donde guarda ese pasado que tantos sentimientos le mueve. Teme emocionarse en la presentación de su poemario, porque, a veces, al leer en voz alta sus versos, llenos de sencillez y vida, esos penetrantes ojos azules se humedecen. También cuando recupera acontecimientos de su niñez. Es normal, el dolor que produce la ausencia de un padre durante once años exiliado en México por republicano, no se olvida. Pero no quiere que en su libro solo se vea esa dureza, sino la mezcla que en la posguerra había de tristeza y de cordialidad manchega. Nos enseña una foto en blanco y negro, debe tener unos 60 años. Hay cuatro jóvenes: Vicente Sánchez de León, Manolo Palomares, que murió, Juan de la Mata, a quien no volvió a ver, y él, Enrique García-Herráiz Pérez, Enrique García-Herráiz Pérez.

Tiempo del pan amarillo es el título de su poemario. ¿También el de sus recuerdos?

Tiempo del pan amarillo corresponde a la época de la posguerra. No sé de que lo hacían/pero era amarillo/y entre los dedos se deshacía. En mi libro no hay una pretensión de reconstrucción histórica, solo lo que recuerdo, lo que se ha quedado en el fondo oscuro de la memoria, a veces, es preciso, otras, engaña. En mi poema *Tertulia en la plaza* describo a Yagüe, con camisa blanca y botas negras... Lo recuerdo así, pero es posible que fuera el general García-Valiño, pues eso leí en un periódico de la época. Estando en la Fundación March vi un facsímil del poeta Blaise Sendras, empecé a leerle y pensé: «Se parece mucho a mí» (ríe). Es una poesía llana, sin rima, autobiográfica. La poesía pretende, creo, aislarse del mundo, pero esta otra poesía de lo cotidiano, de lo personal, está resurgiendo, es el realismo íntimo.

¿Dónde vive el inicio de la Guerra Civil? ¿Qué le trae su mirada hacia ese pasado?

Lo cuento en el poema *Escorial, 18 de julio de 1936*. Teníamos una casa alquilada con un huerto, cerca de la calle Floridablanca y del Monasterio. Recuerdo que dijeron que en Madrid había un fuego tremendo, en el cuartel de



Enrique García-Herráiz, en su domicilio de Madrid, durante la entrevista. / A.C.

la Montaña. Era la sublevación militar que encabezó el general Fanjul. No triunfó y Madrid siguió con el gobierno de la República, pero empieza la guerra y nosotros regresamos a Madrid.

¿Era consciente de lo que estaba ocurriendo?

Tenía ocho años cuando empezó la guerra. Quizá no era consciente de lo que ocurría, pero sí de que nuestra vida empezó a cambiar, ya nada fue igual. Mis padres nos llevaron a casa de los abuelos maternos, que tenían una labor, en Morería 13. Teníamos un corralón tremendo don-

de nos juntábamos mis hermanos Alberto, Ángel, Asunción y Carmen, y los amigos para jugar. He pensado mucho porque a Ciudad Real la llamaban roja, y puede ser que se lo mereciera: no había misas ni escuela. Ahí pasamos toda la guerra. Mi padre siguió al Gobierno republicano, Madrid, Valencia y Barcelona. Los republicanos esperaban que Inglaterra, Francia o Estados Unidos les prestaran ayuda, pero el Comité de la no Intervención, ya se sabe. Rusia ayudó, pero no tuvieron el apoyo que Alemania e Italia, por ejemplo, prestó a Franco, por eso

ganó. Antes de quedarnos en Ciudad Real, mi padre nos llevó a Barcelona donde vivimos los bombardeos tan tremendos. Mi recuerdo son entradas y salidas a los refugios, las sirenas, la gente en la Plaza de Cataluña comentando... Corrimos mucho peligro.

¿Hasta qué punto esas vivencias infantiles han marcado su vida?

Bastante porque mi padre, junto a otro amigo abogado del Estado, se tuvo que exiliar. Ayudados por la organización religiosa de los cuáqueros llegaron a Nueva York, y luego a México, gracias

a la política del presidente Cárdenas. Estuvo once años, sin vernos. Fue trágico, pero también quiero transmitir cosas buenas de la posguerra en Ciudad Real.

Los hijos de unos y otros que se mataban fuimos después compañeros y amigos. Que no se olvide, dicen sus versos. ¿Cree que la España actual lo ha olvidado?

Creo que tiene que pasar más tiempo. Uno rasca en los recuerdos familiares de los que votan por la derecha y la izquierda y, generalmente, hay una motivación de una herida de la Guerra. No lo digo con ánimo de culpar a nadie, es una realidad. Aunque cuando vuelve mi padre del exilio y tiene que presentarse al Gobernador Civil, la gente le saludaba y le daban abrazos. ¿Cuándo has vuelto?, le preguntaban. No había rencor. Los crímenes de uno y otro lado son horribles, a veces eran venganzas personales. Creo que la gente normal y corriente no eran actores sino espectadores. Las buenas personas, los buenos manchegos, se desentendieron de esos odios.

Hace más de un año que se aprobó la Ley de Memoria histórica. ¿Es necesaria?

Recientemente estuve en el Ateneo en un curso sobre lo que el exilio español aportó a Latinoamérica, que fue mucho pues se fue la intelectualidad. A mí me preocupa la Memoria Histórica porque tiene que ir con mucho cuidado, sin herir sensibilidades. En ese acto, me contaron que se va a revisar la Causa General, los libros y archivos de la época de Franco para demostrar la crueldad de los rojos, pero claro sin hacer examen de los que ellos mismos habían hecho. Es evidente que hay episodios de la Guerra Civil horribles que han silenciado los historiadores partidarios de Franco, pero también hay otros episodios terribles de la otra parte como Paracuellos del Jarama. Creo que sí hay cosas corregibles en los monumentos de la calle. En Madrid, por ejemplo, entra uno por la carretera de la Coruña y ve el Arco de la Liberación, que tiene una leyenda en latín agradeciendo a Franco la instauración de los estudios en la ciudad universitaria. Si no estuviera en latín, la gente no lo aguantaría. No digo que se tire el monumento, pero sí se podría rescribir la leyenda, diciendo algo así: «Fue rescrita en 2009 en homenaje a la Transición que trajo la Democracia española».

Volvamos a su poemario, a Ciudad Real, con sus taxistas, sus calles, su parque, los amigos, hasta La Jarilla... ¿Qué tiene la ciudad de hoy con la de ayer?

Ríe. Para mí está llena de re-